

DESINFORMACION

por ARNAUD DE BORCHGRAVE* **

Según W. Webster, director del FBI, existen más casos de espionaje en la actualidad en los Estados Unidos que en toda la historia pasada. Esta afirmación fue hecha antes del caso de espionaje naval de la familia Walker. La traición se ha convertido en un lugar común en Estados Unidos y me temo que mi profesión es uno de los culpables. La Fontaine dijo que todo editor paga un tributo al diablo. Después de treinta y ocho años, siento como si el tributo fuera excesivo y por esta razón acepté hace poco una oferta del Dr. Bo Hi Pak para convertirme en el director del *Washington Times*. Sentí que se esperaba desde hacía tiempo una respuesta que remediara la situación. Como nuevo capitán en el puente del *Washington Times* estamos intentando centrarnos en asuntos de importancia capital para nuestro país y para todo el mundo occidental. Son estos asuntos los que los medios de comunicación liberales han solido ignorar.

Hay muy pocas personas en ambos lados del Atlántico que parezcan darse cuenta de que hay más diversidad de opiniones y de información en Europa occidental y en Japón que en nuestro propio país. Para percatarse de esto basta con leer la prensa belga, francesa o japonesa. Si me hubieran ofrecido este puesto en Europa occidental o en Japón casi con toda seguridad no hubiera abandonado mi preciosa y bien ganada libertad del último lustro.

Después de cubrir la guerra de Vietnam durante siete años consecutivos, mi amigo Ian Ward, periodista británico, se sintió obligado a escribir en 1972 desde Saigón: "...nunca la desinformación de la prensa ha alcanzado límites semejantes a través de motivos tanto intencionados como inconscientes y, como resultado, la prensa occidental se ha convertido en el arma más efectiva del arsenal de Hanoi". La misma observación se aplica ahora a América Central.

Si hoy los soviéticos, los cubanos, los sandinistas están estableciendo otra base en Centroamérica, es porque los soviéticos, los búlgaros, los alemanes del Este y la OLP están deseosos de hacer por sus aliados marxistas más que nuestro propio desinformado Congreso por las fuerzas de resistencia anticomunistas.

Los representantes de los sandinistas nicaragüenses y los revolucionarios salvadoreños tienen libre circulación en la colina del Capitolio, así como los patrocinadores influyentes de Castro. Los medios de información muy a menudo dan más crédito a las fuentes comunistas que a nuestro propio gobierno o a los gobiernos que apoyamos. Mientras los gobernantes pro occidentales son tratados con desprecio, los radicales son tomados al pie de la letra. Las operaciones de desinformación, confirmadas por desertores de

* ARNAUD DE BORCHGRAVE: Escritor, periodista y conferencista de larga trayectoria internacional. Editor del diario *The Washington Times*, de Washington D.C.

** Este artículo fue publicado en Artes y Letras de *El Mercurio*, el 19 de enero de 1986.

alto nivel, jugaron un papel clave en nuestra derrota en Vietnam, y el mismo guión se está desarrollando en América Central hoy. No es necesario un gran esfuerzo de imaginación para entender cómo una derrota en nuestra propia, no trasera como algunos la llaman, sino nuestra propia delantera daría una ventaja a Moscú para conseguir sus principales objetivos estratégicos. Estos son: 1) la desconexión de la Alianza Occidental, 2) una oleada de neutralismo en Europa, y 3) un resurgimiento del aislacionismo en los Estados Unidos.

Una derrota en América Central con toda la probabilidad provocaría la estampida de 15 ó 20 millones de personas en busca de libertad a través de Río Grande. ¿Cuánto tiempo tardaría el Congreso en aprobar una resolución con la petición de la retirada de nuestras tropas de Europa Occidental, porque ya no podemos ni siquiera defender nuestra propia frontera sur? La idea de que los medios de comunicación están sólo dando a sus lectores, oyentes o espectadores lo que éstos quieren oír o leer, no es más que una estupidez a pesar de su aceptación.

Hay una nueva escuela que ha formado periodistas que creen que están investidos de un mandato popular y que no son responsables ante nadie, salvo ante sí mismos. Uno de sus más espectaculares privilegios, parafraseando a Eric Hoffer, es que tienen toda la libertad para exponer una idiotez escandalosa sin siquiera comprometer su reputación. Estos son los periodistas que creen que tienen razón en cualquier materia, cuando deciden que se tiene razón siempre que, por supuesto, se esté a la "izquierda". Cuando conceden el mismo tiempo a nuestros autodeclarados adversarios, basándose en la ley de la imparcialidad (tal como hacemos casi a diario en los Estados Unidos), olvidan que Lenin dijo en un memorándum en 1921 que decir la verdad es un mezquino hábito burgués, mientras que para un revolucionario mentir —tal como he oído una y otra vez en las incontables guerras y situaciones revolucionarias que he cubierto—, y mentir con convicción, no es solamente una señal de inteligencia, sino una obligación si se quiere favorecer una causa revolucionaria. Muy pocos periodistas entienden esto.

Cuando Edith Efron escribió *Los nuevos estafadores*, ya en 1971, puso de manifiesto el problema candente de la tendencia izquierdista de los telediaristas. Todo el mundo, desde el Dr. G. Weinberg, entonces un escritor radical de la prensa marginal, hasta William F. Buckley dijo que era un fantástico libro de escándalo que tendría un impacto histórico en la TV y la radio. Sin embargo, no tuvo ningún impacto histórico y las cosas desde entonces han empeorado.

Shirley Christian, que ganó un premio Pulitzer en 1981 por sus reportajes sobre América Latina en el *Miami Herald*, escribió una acusación abrumadora contra sus colegas periodistas por sus reportajes sobre la revolución sandinista en Nicaragua. Les acusó de quitar importancia a los aspectos marxistas de esa revolución y poner de relieve todas las pruebas contrarias, a pesar de sus cacareados principios pluralísticos democráticos.

En este clima de conformidad y de ideas admitidas, las operaciones de desinformación soviéticas han prosperado con pleno éxito hasta hoy. La propaganda, la desinformación, la censura por omisión y el periodismo irresponsable siguen teniendo un impacto negativo en nuestra política exterior. El Congreso, cuya sensibilidad está todavía en gran medida modelada por los medios de comunicación liberales, sigue coartando al

Ejecutivo en el ejercicio de su principal responsabilidad: la seguridad nacional e internacional. Estos son algunos de los factores claves que hacen posible la doctrina Brezhnev en el mundo.

Bismarck dijo una vez: "La historia es simplemente una hoja de papel cubierta de letra impresa". Lo principal es todavía hacer historia, no escribirla; y no hay nada inevitable en la historia como los soviéticos quisieran hacernos creer. La historia es neutral, tiene que ser hecha por líderes políticos y militares, no por los medios de comunicación y encuestadores de la opinión pública. Es un asunto puesto en duda si un presidente de los Estados Unidos puede hacer historia en estos tiempos.

El Acta de los Poderes de la Guerra (*The War Powers Act*) de 1973 y el Acta de Neutralidad (*Neutrality Act*) de los años treinta han dañado seriamente el papel de los Estados Unidos como país estabilizador. No creo que por muchos piadosos intentos que se hagan en favor de reuniones en la cumbre, o conversaciones sobre el desarme, la realidad geopolítica pueda ser alterada o anulada. Nuestros autodeclarados enemigos se consideran en un estado de guerra permanente con las democracias occidentales, aunque sea una guerra indirecta. Hemos de tener presente que los soviéticos y sus secuaces, a pesar de sus numerosas dificultades económicas, siguen teniendo una enorme habilidad para la consecución sin descanso de sus fines. Persiguen estos fines utilizando todos los medios menos la guerra declarada. Son fines que, según nuestra mentalidad tradicional occidental, se consiguen mejor con la misma guerra. Esto se refiere al terrorismo patrocinado por el Estado (cada vez más basado en el tráfico de narcóticos), a la subversión, a la infiltración y, sobre todo, a la desinformación. Con pena anoto que los medios de comunicación liberales no se ocupan de estas actividades soviéticas para nada.

La historia no se hace en Ginebra: las conversaciones SALT I no hicieron historia; las SALT II tampoco hicieron historia. En contrapartida, la historia se hace en la actualidad en América Central y no somos nosotros quienes la hacemos, sino nuestros adversarios. Me pregunto qué es lo que ha sido de la famosa promesa del Presidente Kennedy después de la crisis de los misiles cubanos en 1962. Dijo entonces que los Estados Unidos estaban decididos a evitar por cualquier medio, incluso el uso de las armas, que el régimen marxista-leninista de Cuba extendiese, ya sea por la fuerza o por la amenaza de la fuerza, sus actividades agresivas o subversivas a cualquier parte de este hemisferio, y que también estaba decidido a evitar que en Cuba se formase o usase un potencial militar de apoyo externo que pudiese poner en peligro la seguridad de los Estados Unidos.

Si yo ahora estuviese en Moscú o en La Habana, o en Managua analizando las actividades del Congreso, sería capaz de deducir que la promesa del Presidente Kennedy no fue nada más que retórica vacía. También tendría que concluir que los Estados Unidos están de acuerdo en seguir jugando al fútbol geopolítico negándose a sí mismos el derecho de cruzar la línea media del campo, mientras el equipo contrario puede jugar en todo el terreno. Con semejantes reglas de juego lo más que se puede conseguir es un empate.

La Cámara de Representantes ha denegado en cinco ocasiones diferentes una cantidad mínima. Primero fueron 21 millones de dólares, luego rebajados hasta 14 millones como ayuda humanitaria para una

población que un número cada vez más numeroso de observadores, que al principio eran hostiles, describen ahora como resistencia legítima popular a una dictadura opresora marxista-leninista.

¿De qué sirve un presupuesto anual de defensa de tres mil millones de dólares si no podemos tan siquiera conceder 14 millones para una población que está luchando a favor nuestro? Esa fue la conclusión del Dr. R.S. Leiken, en el famoso y decisivo artículo que publicó el pasado 8 de octubre en *New Republic*, una revista liberal. El Dr. Leiken fue el redactor de la llamada alternativa democrática al informe Kissinger acusado de bipartidismo, y subrayó la palabra bipartidismo, sobre América Central. Lo fascinante del trabajo del doctor Leiken es que acusó a los periodistas americanos de haber sido elegidos por un grupo más numeroso de internacionalistas marxistas. Esto afectó a los intelectuales nicaragüenses que abrieron su corazón al Dr. Leiken y le dijeron que tenían real miedo de reunirse con periodistas americanos, porque sabían que estos periodistas simpatizaban con los sandinistas. Esta es una abrumadora denuncia contra nuestra profesión.

Esta nueva generación de periodistas, multiplicados por la guerra del Vietnam, ha tomado como su deber convertir nuestros declarados enemigos en inocentes incomprensidos, y retratar a nuestros líderes como los enemigos de la democracia y la libertad. Estos autoinvestidos moldeadores de la opinión pública han transformado la prensa independiente en un poderoso instrumento al servicio del engaño en contra de la realidad política, geopolítica e histórica.

Un ejemplo reciente nos vino de la mano de William Greida, uno de los gurús liberales en nuestra profesión. Es el hombre que hizo esa famosa entrevista con David Stockman para *The Atlantic* al principio del mandato de Reagan. En esa época estaba trabajando en el *Washington Post*, ahora trabaja en *Rolling Stone*, pero sigue siendo un sacerdote leído con religioso fervor por los medios de comunicación estelares. Hace poco dijo: "... la política de defensa y exterior de América tiene tanto de racional como las mágicas prácticas de un doctor brujo ante una tribu primitiva. El miedo a la Unión Soviética tiene tan comido el coco a los americanos que parece inútil en el clima actual centrarse en alternativas racionales a la guerra fría". Esta nueva escuela de periodismo está extendiendo la epidemia del autodesprecio.

Israel fue una de las víctimas de esta escuela en el Líbano en 1982, ayudada e incitada por las operaciones masivas de desinformación soviéticas. Hoy en día, por ejemplo, Sabra y Shatila, esos dos campos palestinos, no son recordados por la carnicería que tuvo lugar allí, sino por la que supuestamente hizo Israel en esos lugares.

Los "mediócratas", o como les hubiera llamado George Orwell, "los nuevos aristócratas", y la mayoría de los demócratas, creen que Reagan llevó las relaciones soviético-americanas a un punto muerto, y que a no ser porque suavizó su retórica en la ONU el pasado septiembre, hubiéramos estado a punto de un holocausto nuclear. Nada más lejos de la verdad, pero es asombroso que uno de los básicos temas de desinformación soviética se convierta en una idea generalmente admitida antes de haber sido registrada en los bancos de datos de las computadoras y en los archivos microprocesados donde ahora forman parte de nuestra memoria institucional.

Un joven periodista de veinticuatro años, sin ninguna experiencia, ¿a dónde va? Va al centro de información y archivo Nexus. Reclama todas esas

historias: 750 artículos de repente en la pantalla. De esta manera documenta sus trabajos. La desinformación que encuentra ya es parte de nuestra memoria permanente.

Quizás tengamos que explicar que la expresión "guerra fría" se aplicó en la época en la que, tanto nosotros como nuestros aliados, estábamos dedicados a la contención del comunismo y de los objetivos del expansionismo soviético en todo el mundo. Las lumbreras nunca reconocen que en este período se construyó el edificio geopolítico más importante de la civilización occidental: el Plan Marshall, el Pacto de Dunkerque, el Pacto de Bruselas, la Unión Europea-Occidental, la OTAN, el Mercado Común. Por el contrario, el período llamado de distensión o "coexistencia pacífica" (como la otra parte prefiere llamarle) consistió en el abandono de la contención sin poner nada digno de confianza en su lugar, y en el comienzo de la aceptación, por nuestra parte, de sus objetivos geopolíticos desde el sudeste de Asia hasta el cuerno de África, y desde Angola al Yemen del Sur, hasta el momento en que Jimmy Carter se despertó con la invasión de Afganistán.

El Presidente Reagan no ha hecho otra cosa que intentar restablecer una nueva fórmula de contención en nuestra política exterior después de diez años de intrusiones y concesiones. Los medios liberales de comunicación le recompensaron por sus esfuerzos con acusaciones de reavivar la guerra fría. Tuvo éxito en Grenada pero fracasó en el Líbano, y aún no sabemos los resultados de América Central, pero no parecen muy prometedores.

Uno de mis más antiguos recuerdos de cuando era un joven periodista en 1947, después de cuatro años de servicios de guerra en la armada británica, son las palabras de Avernall Harriman, uno de nuestros expertos más célebres en política soviética todavía hoy a la edad de noventa y cuatro años. Me contaba, basándose en hechos anteriores, que tendríamos que estar ayudando a Stalin, porque si no lo hacíamos, otras fuerzas más siniestras estaban al acecho para tomar el poder. En su mente existía algo peor que Stalin.

Por desgracia cada vez que se produce una nueva sucesión soviética, los medios liberales, incitados por los expertos en política soviética, describen al recién llegado líder como un moderador deseoso de una coexistencia pacífica con Occidente y, al mismo tiempo, como un reformador decidido a cambiar las cosas. Incluso Stalin, cuando sucedió a Lenin, fue descrito como un moderado, y Khrushchev era ese "soplo de aire fresco" que nos dio la invasión de Hungría, el muro de Berlín y la crisis cubana de los misiles.

Por desgracia, Vietnam y Watergate centraron nuestra atención durante un período de diez años, mientras Cuba armaba, entrenaba, aconsejaba y participaba en insurrecciones por todo el mundo. Fue en La Habana (enero de 1966) en la primera Conferencia Tripartita de Solidaridad, cuando el bloque soviético decidió en secreto poner en práctica una doble vía para desestabilizar el Occidente, táctica que sigue en la actualidad en vigor. A nivel de gobierno a gobierno se reduce a "coexistencia pacífica" (la cortina de humo detrás de la cual la Unión Soviética intenta obtener la supremacía global militar mientras desarma psicológicamente al Occidente). En otro nivel, el Compact de La Habana 66 decidió organizar, armar y entrenar grupos terroristas internacionales a través de un variado número de secuaces.

También hemos olvidado, ya que la memoria es tan frágil en el mundo occidental, que el Dr. Andrei Sakharov, que sigue siendo un héroe para todos

los liberales en Occidente, hizo llegar clandestinamente a los Estados Unidos su testamento político en la primavera de 1980, en el cual dice: "...por favor tomen en serio las acusaciones de lazos entre la KGB y sus servicios en países amigos por un lado, y los grupos internacionales terroristas por otro". Este artículo apareció en el *New York Sunday Times Magazine* el 8 de junio de 1980, pero al día siguiente nadie se hizo eco de la noticia a pesar de ser una declaración muy importante.

Por lo tanto, mis temores no son irracionales como me acusan mis detractores liberales, pero estoy obsesionado por la desgana que mis colegas muestran ante hechos poco elegantes sobre la Unión Soviética y sus allegados, a los que no se quieren enfrentar.

¿Por qué la conexión cubana de la droga, probada, sin ninguna sombra de duda legal, por un tribunal federal en Miami, en febrero de 1983, fue si no completamente, casi en su totalidad ignorada por los medios de comunicación? Si hubiera sido el Presidente Pinochet de Chile el que hubiera estado envuelto en nuestro tráfico de drogas en Dade County a través de sus servicios secretos, para luego utilizar los beneficios para comprar armas para Roberto d'Aubuisson, nos podemos imaginar qué clase de titulares hubiéramos tenido que leer, no sólo al día siguiente sino durante meses. Pero Castro está haciendo exactamente eso en nuestro propio país y ha conseguido burlar a siete presidentes americanos.

¿Por qué los medios europeos investigaron y establecieron la descarada participación soviética y manipulación en el Movimiento Pro Paz en ambos lados del Atlántico, mientras nuestros propios medios rechazaron la evidencia descubierta por Holanda, Suiza y Dinamarca, por ser un "peligroso resurgimiento del macartismo"?

¿Por qué los pragmáticos (no estoy hablando de los liberales en este momento) del Partido Republicano quieren conducirnos de nuevo a la trampa? La esperanza es eterna, por supuesto, y la muy sutil e inteligente labor de desinformación hace el resto.

En mayo de 1982, la KGB colocó en el *Washington Post* una increíble historia cuando Yuri Andropov dejó la dirección de la KGB para colocarse en primera línea para suceder a Brezhnev, que murió seis meses después. De repente nos dijeron que este hombre no era solamente un cuasi liberal, sino que adoraba las novelas de Jacqueline Susann, que le encantaba "el valle de las muñecas", que era un mediano bailarín de tangos, que tenía una asignación para el whisky escocés, y que de vez en cuando invitaba a disidentes soviéticos a su elegante departamento para tener largas conversaciones nocturnas con esas personas por las que sentía una gran simpatía. Es extraordinario, no sólo que todo esto fuera recogido por el *Washington Post*, sino que eminentes expertos en política soviética lo comentaran con toda seriedad. Si hubiera sido yo un experto de la KGB en ese momento, al ver la facilidad con que se colocaba en los medios americanos esa fraudulenta estupidez, hubiera constatado que la ingenuidad americana era una enfermedad terminal. El truco funcionó, porque cuando las cenizas de Andropov siguieron a las de Brezhnev en el muro del Kremlin, George McGovern se deshizo en elogios hacia "este brillante estadista soviético", y atacó vilmente a Reagan por desaprovechar otra oportunidad de una reunión en la cumbre.

El pasado diciembre, los comentaristas británicos nos agasajaron con ese histoso cotilleo sobre los Gucci de Moscú y su visita a Londres. Nos

contaron que bien podrían dar la bienvenida a los equivalentes soviéticos de Jack y Jackie Kennedy. Hablaban de los Gorbachov. Creo que Saul Bellow lo expresó mejor cuando dijo: "Creo que se puede invertir en ignorancia una gran cantidad de inteligencia cuando la necesidad de ilusión es apremiante. La euforia producida por la habilidad con el tenedor y el cuchillo de Gorbachov y por el descubrimiento de que su mujer no era un desastrado espantajo, era una típica muestra de la ingenuidad y deseo desesperado de creer que los hombres del Kremlin, allá abajo, no son diferentes de nuestros propios líderes".

Todo esto nos sigue afectando hoy en día. El Vicepresidente Bush ha dicho que el jurado aún no ha decidido nada sobre Gorbachov. Cuando leí esto no podía creerlo. Significa que ni siquiera se ha molestado en leer los discursos de Gorbachov. Nada de lo que ha dicho éste o ha hecho desde que llegó al poder nos puede hacer pensar que vamos a asistir a otro cambio que no sea de camisero. Hay que reconocer que se viste mejor que sus predecesores.

Los expertos de la administración Reagan nos dicen que la fase en la que vamos a entrar no tiene nada que ver con el año 1972, cuando firmamos 29 acuerdos bilaterales con la Unión Soviética, incluidos ABM y SALT I, y el famoso timo tecnológico llamado "el programa de encuentros en el espacio". Esta fase no se puede comparar, porque en aquellos días estábamos paralizados, o a punto de serlo, por el caso Watergate. Esta vez nos dicen que actuamos desde una posición de fuerza.

Hay que admitir que el prestigio soviético está en franco declive en todo el mundo y que este proceso se está acelerando. Sabemos que los Estados prosoviéticos, en todo el Tercer Mundo, están al borde del desastre económico y que los rusos no hacen otra cosa sino enviarles más armas. También sabemos que tienen que enfrentarse a la multiplicación de los frentes de liberación anticomunista en Nicaragua, Angola, Mozambique, Etiopía, Afganistán y Camboya. Este es un fenómeno muy interesante que podríamos explotar si supiéramos cómo llevar adelante la guerra indirecta. La URSS no puede hacer frente a sus obligaciones en la Europa del Este, sin hablar de las mundiales.

Nos han contado que el plan geopolítico de la segunda administración Reagan es el libro reciente de Richard Nixon *La paz real*. Las líneas fundamentales son, pues, severa distensión, un nuevo conjunto de reglas de juego más estrictas, y represalias por cada violación. Vimos cuáles fueron los resultados cuando el comandante Nicholson fue asesinado. Ni siquiera nos molestamos en llamar a nuestro Embajador en Moscú.

Si los soviéticos están ahora más dispuestos que antes a buscar alguna clase de "modus vivendi" o convenio sobre armamento, o como se le quiera llamar, con los Estados Unidos, las razones no son muy difíciles de desentrañar.

En primer lugar, hasta el 6 de noviembre los soviéticos se agarraban a la esperanza de poder lograr la derrota de Reagan presentándole, a través de su aparato de desinformación, como un traficante de la guerra fría que ponía en serio peligro la paz mundial. En segundo lugar, al contrario de los despreciables críticos occidentales, los soviéticos saben que el Plan de Defensa Estratégico (SDI) es viable. Sus propios científicos desde hace al menos quince años han estado investigando en profundidad las armas de

rayos laser y de partículas. Por último, la economía soviética está en una situación tan desesperada que sus líderes han decidido que ya es hora de que los capitalistas occidentales, como la caballería de los Estados Unidos, cabalguen de nuevo para rescatarlos. Gorbachov se ha tenido que estar riendo entre dientes con todos esos hombres de negocios americanos cayéndoseles la baba, ante la posibilidad de nuevos contratos de exportación importantes. No hay duda de que estamos en los albores de otro período de pacífica coexistencia al estilo soviético, que muy pronto será seguida de una general ofensiva de paz.

Los soviéticos esperan alcanzar de todo esto: 1) una masiva afluencia de divisas extranjeras; 2) la desaparición o relajación de las restricciones inspiradas por los Estados Unidos, materializadas en el COCOM, del comercio estratégico con la Unión Soviética; 3) una reducción en el flujo de tecnología e inversiones americanas en China; 4) un recorte en el despliegue de los euromisiles; 5) el aplazamiento, si no el abandono, del SDI. Los soviéticos quieren conseguir todas estas metas sin ningún costo en cuanto a los objetivos geopolíticos y militares de largo alcance de Moscú.

¿Cómo pueden llegar a creer que todo esto se puede conseguir? Muy fácil, saben que pueden confiar siempre en los expertos occidentales, tan reverenciados por los medios de comunicación, para adjetivar cualquier especulación sobre los objetivos estratégicos soviéticos de "paranoia de derechas". Los soviéticos se han dado cuenta de nuestra desgana a hacer públicas las violaciones de los acuerdos de armamentos. No pueden estar descontentos, sin duda, con esa nociva actuación nuestra de congelar los gastos de defensa. No pueden sentirse muy desgraciados con Les Aspen, que preside el Comité de Armamentos de la Cámara. No pueden sentirse muy desgraciados con el debate que se sigue sobre unos pocos dólares para América Central.

Tal como escribí recientemente, cuando las personas igualan los motivos de los Estados Unidos con los de la Unión Soviética; cuando ya no desean distinguir entre los principios eternos de la Revolución Americana y los de una dictadura marxista-leninista; cuando ya no desean luchar y morir para preservar esas libertades; cuando los congresistas niegan una cantidad tan pequeña como 14 millones de dólares a personas que *si* quieren luchar y morir en la batalla contra el totalitarismo, entonces la tentación totalitaria no puede estar muy lejos. Esa es la razón por la que nosotros como pueblo dijimos "no" el 6 de noviembre y creo que ese mandato no puede ser traicionado en nombre de la conveniencia política, o quizá en la búsqueda de un Premio Nobel de la Paz.

Espero que esto sirva para explicar el papel del diario *Washington Times* como decisivo en nuestro tiempo. El lema que he dado a mis colaboradores fue dicho por Teddy Roosevelt en 1899: "Es mucho mejor intentar cosas grandes, conseguir gloriosos triunfos aunque sean amenazados por el fracaso, que alinearse con los pobres seres que ni sufren, ni disfrutan mucho, porque viven en la penumbra gris de los que no conocen ni la victoria ni la derrota".